

“JOSE LUIS GONZALEZ CHAGOYAN, MI AMIGO” *

DR. JOSE REMUS ARAICO **

Conocí a José Luis en 1943 en el viejo Pabellón 16 del Hospital General, en aquella era romántica y heroica de la vieja medicina, antes que la tecnología moderna deshumanizara un tanto el trabajo del médico, pero con la ganancia de una eficacia antes nunca soñada, hasta llegar hoy a los graves dilemas existenciales de las sobrevivencias mecánicas y vacías. Nuestra vida estaba en el apogeo del aprendizaje de las materias médicas y quirúrgicas. Todo estudiante de medicina, si realmente quería aprender, debía de trabajar desde el tercer año como externo sin sueldo, en algún servicio hospitalario. Estos primeros pasos en la clínica se desarrollaron, para muchos de nosotros, bajo el amparo de grandes maestros humanistas, como Mariano Vázquez nuestro Jefe del Pabellón, Rubén Vasconcelos, Mario Fuentes, Manuel Castañeda. El Dr. Raúl González Enríquez fue muy importante para nuestros sucesores de ese lejano ayer, ya que asistía como maestro en la consulta externa de psiquiatría.

José Luis, con su porte delgado, cara colorada, la sonrisa un tanto tímida en aquel entonces, sus gruesos lentas y mirar de sabio, su figura me fue acogedora y amable. El fue uno de los depositarios de mis transferencias entonces inconscientes de hermanos mayores, lo que entendí pocos años después en el entrenamiento para psicoanalista en Buenos Aires y que se convirtió en los cimientos de una firme y duradera amistad. Junto con Santiago Ramírez y Ramón Parres, formamos un grupo en el que fuimos integrando nuestra pertenencia a tres sucesivas generaciones médicas. Yo era el recién llegado, mi generación era la “40”, la de José Luis era la “38” y Ramón y Santiago eran de la “39”. Muchas personas llegaron a imaginarnos a José Luis y a mí como hermanos... tengo siempre que agradecerle que lo hemos sido de corazón y las diferencias han sido más complementarias que antagónicas. Al escribir estas páginas en su honor, 45 años después, lo firme de nuestra amistad está por encima de las diferencias que como en toda buena amistad deben de existir.

Con Santiago me adiestré en discutir, aunque las materias clínicas no siempre eran el campo de nuestras siempre interesantes polémicas. Con Ramón me entrené en hacer punciones raquídeas y bulbares y ayudábamos frecuentemente a operar a Don Mariano, tanto en el Pabellón como en sus cirugías privadas, lo que nos dejaba algunos pesos para poder gozar de restaurantes mejores que “La Tifoidea”, aquel que estaba en las afueras del Hospital general. Con José Luis fue especialmente creativa la discusión clínica en la consulta externa del Pabellón 16, ya fuera de algún caso neurológico, para los que

* Presentado para la Revista de A. M. P. A. G., el 23 de Mayo de 1988.

** Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

era ducho junto con Vasconcelos, o el caso psiquiátrico que trabajábamos bajo la mirada de Mario Fuentes con sus lecciones a lo Kraepelin y su tendencia organicista. En nuestro pequeño grupo hablábamos con González Enríquez de psiquiatría dinámica freudiana, entonces en sus albores en México... tres generaciones comentando los extraños casos de histeria y otras 'rarezas' de la consulta externa.

Con José Luis había siempre el placer de indagar en el simbolismo y el origen de las dolamias mentales, detectar las causas de los ataques agudos de ansiedad, de las fobias y de los recovecos peligrosos de las crisis existenciales suicidas. Todos juntos sufríamos resignadamente un poco la impotencia de una medicina clínica muy rica en las sutilezas del rapport y el examen directo, pero entonces con pocos recursos terapéuticos. Juntos los cuatro, con temperamentos diferentes, a veces muy discrepantes, donde el dominio y liderazgo eran cuestionados entonces velada y suavemente, hicimos un grupo que persistió hasta que años después, creamos juntos, a nuestros regresos escalonados del extranjero, el continente de nuestras vidas profesionales que fue la Asociación Psicoanalítica Mexicana.

Los primeros años de la APM fueron de intensa hermandad y creatividad: programas de divulgación, publicaciones, congresos y conferencias que nos daban a conocer en muchos ámbitos académicos y profesionales. Pero... no deja de haber un pero en la inevitable emergencia de lo reprimido grupal, nuestros remanentes del 'self grandioso' individuales de distintas magnitudes y profundidades, nos llevaron a la lucha por un liderazgo no sólo académico, sino político y en ocasiones con sospechas y resentimientos. Sucedió lo que tenía que suceder en el crecimiento de toda institución, varios años después este continente, para entonces más amplio y complejo, sufrió una escisión con la salida de algunos del grupo inicial. Desde un tiempo antes de la escisión, ya se cuestionaba el liderazgo, se agudizaban las polémicas frecuentemente estériles y la competencia grupal alcanzó niveles un tanto canibalísticos. Avelino González, uno de los fundadores ya ha desaparecido después de la escisión, Santiago Ramírez está retirado hace algunos años, los tres que permanecemos en la APM del grupo inicial del Hospital General, seguimos siendo amigos, hoy respetuosos de nuestras diferencias, tal como lo fuimos desde el principio en el viejo Pabellón 16. Estas letras son el producto del hurgar en los cajones de la memoria rebosantes de recuerdos, sobretodo de aquellos que pertenecen a mi común andar con José Luis.

La Consulta externa y la 'visita clínica' cotidiana que recorría todas las camas del Pabellón 16, con Don Mariano a la cabeza, era el ritual socrático de nuestra formación médica. La especialidad de neuropsiquiatría se nos iba metiendo poco a poco en nuestra identidad profesional. Fue con José Luis que hubo la afinidad inicial de las ciencias neurológicas de entonces, también el inicio junto con Santiago y Ramón, por el interés humanista de la psiquiatría y la fascinación por los trabajos de Freud. Para este nuevo rumbo en nuestras vidas profesionales, contribuyó la inquietud, chispa y verborrea simpática de Don Raúl

González Enríquez. Las visitas con él a la trova yucateca, rociadas con el intolerable xtabentun son de recordar... fue el maestro que se volvió mito pocos años después con su trágica desaparición.

José Luis desde entonces era uno de los motores que impulsaron nuestro conocimiento de las ideas psicodinámicas. Escasos años después partían a Buenos Aires, él y Santiago con sus esposas e hijos, como la avanzada de los que poco a poco nos fuimos yendo a entrenar en psicoanálisis al extranjero. De los cuatro iniciales del Pabellón 16, Ramón se fue a Estados Unidos, los otros tres, emigramos a hacer el entrenamiento que nos ofreció el Instituto de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Alfredo Namnum iba y venía por épocas al Hospital General, yéndose por largos años a la Clínica Menninger. A Rafael Barajas lo conocí hasta mi regreso de Sudamérica. Los cuatro del Pabellón 16, con Avelino Namnum y Barajas, fuimos los primeros siete didácticos de la APM.

En 1950 reencontré a José Luis en Buenos Aires, donde se volvió más íntima nuestra amistad junto con nuestras familias. El círculo de mexicanos que allá nos entrenábamos, sufríamos y disfrutábamos nuestros períodos de depresión y los 'acting out' hipomaniacos provocados por el 'insight' de nuestros análisis didácticos. Gozábamos sobretodo las largas vacaciones en el febrero caluroso platense, pues nos íbamos por un mes a Mar Chiquita, un balneario pequeño y modesto cerca de Mar del Plata. Entre semana en un humor melancólico, íbamos a la Dársena Norte a ver partir los barcos, o a escuchar la música porteña en el clásico Tango Bar. Descansábamos paseando con la familia en La Plata o en los balnearios municipales de Vicente López o El Tigre. Si había dinero lo festejábamos en unión de los entrañables amigos argentinos, ya fuera en el Spadavechia o el Mare de Argento, uno en el barrio de la Boca y el otro en el Mercado de Abasto. Aún más, si estábamos en bonanza, en el Shorton's Grill nos merecíamos una parrillada elegante y gigantesca. La unión de clara amistad, nos ayudó a encarar la lejanía de la patria y cimento así los inicios de la futura APM en una de sus raíces, la más numerosa, la de aquellos que fuimos a nuestro entrenamiento psicoanalítico a Buenos Aires.

Siento que escribo estas líneas como si platicara con José Luis para recordar juntos aquellos años en Argentina, donde los cambios sociales de los que fuimos testigos, nos animaron después a los dos a encaminar parte de nuestros intereses a la psicología social. En ocasiones, los dos con algún otro mexicano, íbamos como 'observadores participantes' a las grandes manifestaciones del fervor político peronista radical, con el escenario inmenso a reventar de la Plaza de Mayo, con la actuación de la pareja mágica de Perón y Evita. Estábamos en el medio de un 'caso social', veíamos a nuestro alrededor como el carisma, sobretodo femenino, hipnotizaba a las multitudes haciéndoles perder el criterio, tal como un ejemplo más que Freud bien pudiera haber agregado en su "Psicología de Las Masas y Análisis del Yo".

Una característica esencial de José Luis, fue su abierto desdén por los puestos administrativos de nuestra asociación. Desde la 'oposición', tanto en la

inicial Comisión de Enseñanza del Instituto como en las Asambleas Generales, era como nuestra consciencia de liberalidad, de apertura y rectitud, así como de aguda comprensión de los fenómenos grupales. Todo ésto fue reafirmando su peculiar y valiosa participación institucional. Desde antes en Buenos Aires, con la entrañable guía de Mimí Langer nos iniciamos muchos en la psicoterapia de grupo. Con Pichón-Riviere estuvimos en sus primeros ensayos en Rosario y en el Hospicio de las Mercedes. Esto llevó años después a crear en México la AMPAG, en cuya fundación participé y para quien escribo estas líneas de charla y homenaje a José Luis.

En aquel entonces, en los albores de la AMPAG, no pude continuar con ellos por razones teóricas de peso acerca de la interpretación de la transferencia grupal. Aún cuando abandone la primitiva AMPAG, nuestra amistad profunda permaneció inalterada. Este lazo se fortaleció aún más en la crisis de escisión de la APM y por la definición más precisa de nuestra común identidad e ideología política liberal y un tanto de izquierda. El dirigió su praxis a la dinámica de grupos, con muy importantes novedades de manejo que debiera sistematizar, la mía la encaminé a las tareas grupales universitarias y a la investigación psicosocial. La unión con algunos analistas argentinos y uruguayos, con la querida y ejemplar Mimí Langer al frente, hoy ya extinta pero entonces todos ellos exiliados en México por las conmociones sociales, llevaron a José Luis al campo político desde la enseñanza y aplicación de las técnicas de grupo.

La APM creció, se escindió y después surgió pujante como la sentimos hoy en día. José Luis fue y seguirá siendo un pilar honrado y congruente con sus ideas psicoanalíticas. Estudioso infatigable de Melanie Klein, pero sobretudo un certero y sintético admirador de Freud y un tanto pragmático con los conceptos de Pichón-Riviere en lo social. Los candidatos de sus seminarios en la APM lo han sentido como un modelo de inquietud creativa y de conmoción técnica. En sus intervenciones terapéuticas, José Luis fue y seguirá siendo certero y creativo, 'verdadicida', como diría el desaparecido Scornik. Sus interpretaciones, nacidas en lo profundo de sus entrañas contratransferenciales, como la vital materia prima para construirlas, pero instrumentada con su agudeza intelectual y revestida por su humor, a veces depresivo, son de aquellas que conmueven las estructuras y crean ondas sísmicas que hacen aparecer las grietas inconscientes de la personalidad.

José Luis espera que esta manera tan suya de trabajar, mueva a sus pacientes y los induzca, el concientizar sus disociaciones y agresividad, a los procesos reparativos, prestándoles entonces su continente firme, tierno y bondadoso que lo hace un gran terapeuta. Entre congresos, ponencias y nuestra siempre sincera amistad, en muy pocas ocasiones un tanto ruda, he tenido el gran privilegio de ser su amigo. En estas líneas sentidas, le doy mi gratitud por el placer de poder aún estar caminando juntos en la vida.

DR. JOSE REMUS ARAICO

Dr. José Remus Araico
Paseo del Río # 111, casa 20
Fortín Chimalistac
Coyoacán, 04319
México, D. F.
Tels. y Fax 56-61-07-67 y 56-61-36-50